

### Etapa 3. Villar de Gallimazo – El Ajo

*28 de agosto de 2026*

En invierno de 1183 se reunieron en Paradinas de San Juan los representantes de los reyes de León, Fernando II, y de Castilla, Alfonso VIII. El arzobispo de Compostela y el obispo de Ciudad Rodrigo, por parte leonesa, y el arzobispo de Toledo y el obispo de Ávila, por la parte castellana, más dos nobles por reino, prepararon el encuentro de ambos reyes, con cada uno acampado a su lado de la raya, que dio lugar a la firma del Tratado de Fresno – Lavandera en la primavera del mismo año, en el que se fijaba, otra vez, la línea divisoria entre ambos reinos.

En esa zona la frontera la marcaba el río Trabancos, un afluente del Duero al que apenas ha aportado caudal en los últimos sesenta años debido a su sobreexplotación mediante pozos de riego. En 1230 Fernando III se convirtió en el rey de Castilla y León y el río Trabancos dejó de ser linde. Cerca de ocho siglos después, yo lo atravesaba por el puente de la carretera entre Alaejos y Nava del Rey todas las mañanas y tardes del curso escolar durante varios años. Les prometí a mis compañeras de coche que si alguna vez veíamos correr el río Trabancos las invitaría a cenar. Un año, las lluvias intensas acumuladas de muchos días nos regalaron una velada divertida y una foto del puente y del río con agua.

El camino de Villar de Gallimazo hacia Paradinas de San Juan es una línea recta entre el secano. Nos equivocamos de recta y fuimos por Aldeaseca de la Frontera, un pueblo de poco más de doscientos habitantes y que recuerda en su nombre los tiempos en los que estaba situado en el borde del reino de León. Dejamos a un lado otro pueblo con apellido medieval, Zorita de la Frontera, y llegamos a Paradinas.

Es fácil pensar que todas las rectas del cereal y del barbecho en Castilla y León son iguales y aburridas, que solo las salva el atardecer y la hora violeta. Incluso a mí me ha asaltado ese miedo antes de ponerme a atravesar las tierras lisas y ásperas de Salamanca y Ávila. La recta hasta El Ajo es una de ellas y, como tantas, un camino rodeado de horizontes y nubes, con una chopera a lo lejos, una casa sobre una loma, un montón de pacas apiladas, los restos amarillos de la siega y su polvo.

Pues además de todo eso, que ya justifica la mañana, vimos de lejos la torre de la iglesia de Rágama, que recuerda a las de Alaejos y Nava del Rey, atravesamos la Cañada Real de Mostrencas, en realidad un cordel que une una cañada soriana y otra leonesa, el río Regamón, afluente de nuestro querido río, el Trabancos, que nos esperaba, seco naturalmente, para darnos entrada en El Ajo. A lo lejos, el Sistema Central, y aquí, La Moraña.

Según Pascual Madoz, el lugar de El Ajo fue repoblado, algunos años antes de la firma de aquel tratado, en el siglo XII, por gentes venidas de Flandes. No sabemos si alguna de las seis u ocho mujeres que esperaban al panadero que entraba en la plaza con un estrépito de bocina tendrá sangre flamenca, pero seguro que todas se preguntaban qué hacían cuatro jubilados por su pueblo casi a la hora de comer.